

Víspera de la fiesta
del Sagrado Corazón

18 junio 1936

HORA SANTA

para uso privado
de la A. J. M.

Suplemento
de
«Lilium inter spinas»

"Manteneos aquí y velad conmigo». (Mat. 26-38).

Introducción

¡Oh divino Corazón de Jesús, aquí presente en el Santísimo Sacramento! Un día -Octava del Santísimo Corpus Christi- amargado y angustiado por las ingratitudes de un inmenso pueblo, tuviste la dignación de revelarte a tu predilecta Santa Margarita de Alacoque con estas tiernas palabras:

«En agradecimiento del amor que he tenido a los hombres, no recibo de la mayor parte de ellos más que ingratitudes, por sus irreverencias y sacrilegios, por las frialdades y desprecios que tienen conmigo en este Sacramento de Amor. Por eso te pido que el primer viernes después de la Octava del Santísimo Sacramento sea dedicado a una

fiesta particular para para honrar mi Corazón.»

La revelación de tu amor al mundo ha sido la fiesta del Santísimo Corpus, y la revelación del amor del hombre a Ti quieres que sea la fiesta que Tú mismo has elegido y pedido a las almas amantes, consagradas a tu Amante Corazón.

«En este día –saborearé, Señor, tus mismas palabras- se honrará a mi Corazón, comulgando y reparando su honor por medio de un acto de desagravio por las ofensas que ha recibido durante el tiempo que ha estado en los altares.»

Tú pides, Señor, amor y reparación, por el desamor e ingratitud que contigo tienen las almas que reconocen y creen tu vida sacramental en la Santa Eucaristía.

A ese fin quieres que se dedique en tu Iglesia una fiesta particular para honrar tu Corazón.

Y ¿qué pedirás hoy, Jesús amado,

cuando a diario son innumerables e incomprensibles las irreverencias y sacrilegios, desprecios y profanaciones las más horrendas, que hijos desnaturalizados de un pueblo que ha sido trono de tus amores, vienen cometiendo en este tu divinísimo Sacramento?

Y, si para desagravio de tanta ofensa, en honor de tu Santísimo Corazón, se ha instituido esta fiesta ¿qué debemos hacer, Señor, en esta hora presente nosotros, tus hijos predilectos, a la vista de una desolación sin precedente en la historia?

¡Oh! ¡ya lo sabemos! Tú mismo te dignaste revelar una obra de reparación de su agrado; es el piadosísimo ejercicio de la «Hora Santa», que has pedido a tu confidente Margarita María.

Recordaré, Divino Señor, tus palabras dichas el año 1674:

«Para acompañarme en la humilde oración que yo ofrecí a mi Padre, en medio de

todas mis angustias en el Huerto de las Olivas, te levantarás entre once y doce de la noche, para postrarte con el rostro en tierra durante una hora en mi compañía, tanto para aplacar la divina cólera y pedir misericordia por los pecados, como para endulzar de algún modo la amargura que sentí en el abandono de mis apóstoles...»

Es éste, almas escogidas, el ejercicio de reparación y desagravio que más agradable es al Corazón de Jesús. ¡Con qué fervor, pues, y con qué devoción, recogimiento y amor debemos ofrecerle hoy, víspera de ésta su íntima fiesta, rodeados como estamos de circunstancias tan graves, que nos obligan a acompañar al Señor en su humilde oración que, desde las soledades de tanto Getsemaní, eleva al trono de su santísimo y ultrajadísimo Padre.

Recuerda, hermanita fervorosa, que tú eres del número de aquellas almas escogidas, que, por predilección especial de

su Amante Corazón, son llamadas a entrar dentro del Huerto Santo, como lo fueron los tres íntimos discípulos, lo fue Santa Margarita María y lo han sido y son tantas otras generosas almas que han probado su amor en la ofrenda incondicional de todo su ser a su acción misericordiosa. Agradece esta predilección, escucha, solicita, la amorosa invitación divina y, tras sus pisadas angustiosas, entra a sentir y percibir muy atenta las palpitations de aquel Santísimo Corazón, que vuelve a hablarte de nuevo por San Mateo: *«Manteneos aquí y velad conmigo»*.

I

Manteneos

Muy otra cosa es esta palabra, Señor, que aquélla que dijisteis a los infelices apóstoles,

que allí fuera del Huerto hubisteis de dejar: «*Sedete -Descansad*». Vosotros, débiles y cobardes, que no valéis para las vigilias de las noches, podéis aquí reposar y dormir con relativa tranquilidad.

En cambio, a los elegidos de vuestro Corazón, los destináis a la actividad del sacrificio.

Apenas ha caído sobre vuestro divino Corazón la ola de la angustia y de la agonía, buscáis ansiosamente la cooperación de vuestros *escogidos* en el dolor y en el sacrificio.

No es un nuevo Tabor de íntimas, consoladoras y gloriosas revelaciones de vuestra divina hermosura y grandeza; es noche oscura y triste de dolorosas revelaciones de vuestra debilidad y mortales apreturas del corazón, que sufre, se horroriza y siente agonías espantosas. Y, al revelar vuestra terrible tristeza, buscáis un alivio entre los fieles amigos que os acompañan: *Sustinete...*

Manteneos firmes al lado de mi debilidad, permaneced fieles, perseverad sin desmayos, estad con valor, alerta, amigos míos. No os he llamado aquí, Juan, Pedro y Santiago, a reposar dulcemente, como alguna vez lo habéis hecho a la sombra de mis paternos cuidados. Ha pasado la hora de las dulces expansiones de mi amor; esta es hora y poder de las tinieblas, hora de los rigores de la justicia divina, hora de mi gran sacrificio.

Sustinete, es, pues, preciso que permanezcáis fieles y constantes como lo habéis prometido esta noche; «Manteneos aquí»...

(*Pausa*).

«*Hic*» Aquí...: ¡Oh Simón, Juan y Santiago! Entusiasmados un día y fervorosos me decíais en otro monte: «*Faciamus hic...*» hagamos aquí tres tiendas, Señor... dispuestos a permanecer allí indefinidamente a mi lado. Yo reclamo ahora aquella petición y aquella promesa, *aquí*. No es el Tabor de alegres expansiones; es Getsemaní, amargo y triste. Ya no veis aquí resplandores de luz y vida en mi rostro. Mi rostro está ahora desfigurado, lívido y agónico... Y aquí, amigos míos, os quiero ahora muy cerca de mí... Aquí, en Getsemaní... Aquí, en espantosa soledad, sin luz y sin gloria... Aquí, en la obscuridad de una noche, triste y sombría, a la intemperie, sin sombra, sin abrigo, sin defensa... Aquí, lejos de vuestras

casas, de vuestros amigos, de vuestras familias... Aquí, lejos de Betania y del Tabor y del Cenáculo, donde vela solitaria mi adorada Madre. Vosotros aquí perseverad y velad. (*Pausa*).

«*Vigilate- Velad*»- ¡Oh! Sí, velad, como tantas veces he velado yo aquí, y en el desierto y en los huertos de Cafarnaúm!. Velad, yo os he dado ejemplo; a eso hemos venido aquí, a eso os he convidado. Vuestros amigos no velan, les he mandado que descansen; pero vosotros velad solícitos y fervorosos. No basta que permanezcáis como un centinela en las avanzadas o junto a los muros de su cuartel. Vosotros velad con las armas de la oración; sin estas armas sucumbiréis en la prueba; velad y orad; velad en oración constante. Mis vigili- as no son tertulias con amigos, mis largas vigili- as son con mi Padre que está en los cielos; así vosotros velad en vigilia sobrenatural; que no duerma vuestro corazón, que esté en vela

vuestro espíritu... Y velad conmigo.
(Pausa).

«*Mecum-Conmigo*»- Muy cerca de vosotros, ahí a la vista, a vuestro lado, he de hacer yo mi última vela de oración a mi Santísimo Padre, ofreciéndome como víctima por vosotros y por todo el mundo. Y vosotros uniréis vuestra oración con la mía, velaréis conmigo.

Hagamos juntos esta solemne y última vigilia, vosotros conmigo y yo con vosotros, vosotros a mi arrimo..., no estáis solos, yo estoy con vosotros. ¡Oh, si lo comprendierais...! Y yo al arrimo de vosotros, amigos míos... Sí, me siento débil y desfallezco, tiemblo de miedo, siento horror a esta soledad... no quiero estar solo... estaré con vosotros... velad conmigo. No me abandonéis en este trance supremo en que he de ser probado; un cáliz muy amargo se me brinda y lo he de apurar hasta las heces; necesito de vuestra compañía;

acompañadme, pues, en esta vigilia, velad y orad conmigo.

Conmigo, hijitos míos. «Filioli» yo estoy triste y vosotros conmigo; yo sufriré y vosotros conmigo; mis fuerzas flaquean, me recostaréis sobre vuestros corazones; tomaréis parte en mis dolores, en mis angustias, en mis agonías; velad conmigo, muy unidos a mí, pensando en mí, mirándome, ayudándome, consolándome, compadeciéndome...

Para eso os he separado y traído aquí; de vosotros espero este consuelo, pues que solo a vosotros he confiado el secreto de mis tristezas y de mis agonías; ninguno, fuera de vosotros, las conoce y ninguno me las puede mitigar. «Manteneos, pues, aquí, y velad conmigo». (*Pausa*)

II

«Perseverad aquí y velad conmigo»

¡Oh Señor! Getsemaní fue el primer teatro de vuestras amargas angustias y abandonos. Y la sucesión de los siglos ha multiplicado después dolorosamente, al mismo tiempo que vuestra presencia real y vuestro amor a los hombres, las ingraticudes y abandonos de éstos para con vuestras divinas larguezas.

La escena amorosa que tengo a la vista es una dolorosa reproducción de aquella primera, con todas sus tristezas y angustias, por vuestra parte, y con todas las deslealtades, ingraticudes y traiciones, por parte de los hombres.

En el fondo de este humilde Sagrario me parece escuchar, repetidas mil veces, las

apremiantes palabras del primer
Getsemaní: «*Perseverad aquí y velad
conmigo*».

«*Perseverad*»- Me dice vuestro
tiernísimo Corazón: Manteneos firmes
vosotras, almas escogidas de mi Corazón. Ya
comienzo a sentir el vacío en torno mío.
Como un día, camino de Getsemaní, voy
perdiendo ahora unas y después otras, las
almas que me siguieron hasta el Cenáculo.

Las turbas me persiguen, los
tribunales me condenan, no faltan nuevos
Judas que me traicionan: ¡oh! y muchos
hijos y amigos, que ahora debieran seguirme
con más fidelidad, van unos por cobardía y
otros por frialdad del corazón, por
insensibilidad y desamor, atraídos por las
seducciones de un mundo engañoso,
alejándose y retirándose de mi amorosa
presencia. Veo pueblos que se quedan sin
templo, templos arruinados que quedan sin
Sagrario, y Sagrarios profanados que están

vacíos, sin Mí, sin mi Corazón, y a mí mismo me veo perseguido, huyendo en un solitario Getsemaní, solo, sin amigos, entre enemigos.

Sí, almas escogidas, soy un pobre Rey destronado y desterrado... ¡Qué solo estoy! ¡Qué soledad la de mi Corazón! En este rincón, a donde todavía no llegan los que me persiguen, encuentro a mis leales. ¡Oh, fieles esposas de mi Corazón! «*Sustinetes*»-permaneced firmes, perseverad vosotras, elegidas con amorosa providencia para este amargo trance.

En medio de la universal indiferencia e insensibilidad de pueblos, que yo regeneré en la fuente de la vida y viven de espaldas a mi Evangelio y a mi amor, yo os he llamado, como dijo mi Teresita, legión de almas pequeñas que, desapercibidas y ocultas al mundo mi enemigo, me siguen en el destierro con amor puro y sacrificado. Y, aunque todos me persigan y me abandonen, jamás

vosotras, las vírgenes del destierro, mis amadas hijas de la Alianza; vosotras en los amorosos designios de mi Corazón, tenéis la misión de permanecer en la soledad de este Getsemaní... (*Pausa*).

«*Aquí*»- Sí, aquí; miradme con fe y amor... ¡Oh si las almas se dieran cuenta de que yo estoy aquí en esta prisión solitaria, como un pobre maniatado, dispuesto a entregarme o a un corazón que me ame, o a un traidor que me venda, o a un verdugo que me crucifique!

Aquí, almas escogidas de mi Alianza, yo vivo aquí, me sacrifico aquí, oro aquí, y espero aquí a las almas; y las almas no me conocen, me desprecian, me abandonan.

Vosotras, en cambio, aquí; es ésta vuestra propia morada; la elegisteis al consagrarme vuestros corazones y al ponerlos con decisión, de espaldas al mundo y a sus vanos contentos.

Permaneced, pues, aquí y velad...
(*Pausa*).

«*Velad*».- ¡Qué distraído vive el mundo! No faltan ceremoniosas visitas a mi lado; pero no vela aquí su corazón; desvelado y lejos vive de mí...

Velad vosotras, ardiendo en llamas, siquiera como esa lamparilla que me acompaña día y noche. Velad, atentas, solícitas, recogidas y prontas...

Velad en oración fervorosa y constante, a fin de aplacar la ira de mi Eterno Padre, cuya justicia amenaza con terribles castigos a los pueblos prevaricadores.

Velad muy vigilantes y sin cesar; no os durmáis en la pereza, flojedad y descuido; velad, porque malos son los días que vivimos vosotras y yo; una cobardía, una flaqueza pueden en un momento haceros titubear en la fidelidad a mi amor. Sólo velando en

oración os haréis invencibles y resistiréis hasta el fin.

El enemigo no duerme, os acecha rabiosamente... velad, velad, para que no sucumbáis... (*Pausa*).

«Conmigo».- Avivad de nuevo vuestra fe: aquí, a vuestro lado, en perpetua Hora Santa, velo yo, vuestro Jesús. No estáis solas, velaréis conmigo. Unid vuestra oración con la mía, vuestra ofrenda con la mía, vuestro sacrificio con el mío. Yo, vuestro padre, vuestro amigo, vuestro esposo, vuestro maestro, vuestro Dios... velo; pero quiero velar con vosotras y que vosotras al mismo tiempo veléis conmigo.

Y velar conmigo es unirse a mí íntimamente, profundamente con la más luminosa y penetrante y viva fe; fe en la presencia de mi Corazón, viviendo aquí en la divina Eucaristía. Velad conmigo, uniendo vuestra oración con mi oración, vuestro holocausto con mi holocausto, vuestros

gemidos con mis gemidos, vuestros afectos con mis afectos, vuestro amor con mi amor.

Velad conmigo, tomando parte en mi soledad, en mis tristezas, en mis dolores, en mis abandonos, en mis humillaciones...

Conmigo, muy unidas a mi Corazón,
mirándome... contemplándome...
compadeciéndome... acompañándome...
consolándome... y amándome... (*Pausa*).

III

Quejas amargas del Divino Corazón

¡Oh, divino Jesús! ¡y que no respondamos a un llamamiento tan apremiante de tu Sagrado Corazón!

¡Qué dolorosa es la insensibilidad de un pueblo, en quien Tú has derramado

inefables tesoros de bondad, de amor y de misericordia!

Son pocos los que te han seguido a la soledad de Getsemaní y poquísimos los que allí, constantes, se mantienen, velando contigo en oración y sacrificio.

Pero tú, dulcísimo Jesús, en vez de abandonarnos, como lo merecíamos, has tenido la más fina delicadeza de revelarnos ese amargado Corazón y dirigirnos por tu fiel confidente Santa Margarita María de Alacoque un mensaje de reproche, de queja y de amor.

«Estando un día delante del Santísimo Sacramento (dice Santa Margarita María) descubriéndome su divino Corazón; me dijo: *«No puedes darme mayor muestra de amor, que hacer lo que tantas veces te he pedido. No recibo de la mayor parte de los hombres más que ingratitudes por sus irreverencias y sacrilegios, frialdades y desprecios con que me tratan en este Sacramento de Amor. Por eso te*

pido que se reparen las injurias que mi Corazón recibe en los altares».

«Era el día 10 de mayo de 1682: Mi divino Maestro (dice la Santa) me hizo ver con severidad de Juez»:

«Que no era tanto a causa de los infieles el que su justicia estuviera irritada, sino que su pueblo escogido era quien se había rebelado contra Él, y que este pueblo se valía de su privanza con Él para perseguirle»

«Y añadió este Soberano Señor: *Mientras este pueblo ha sido fiel, siempre he tenido atadas las manos de mi justicia para dejar obrar las de mi misericordia. Pero si no se enmiendan todos, les haré sentir el peso de mi justicia vengadora. Un alma justa puede obtener el perdón para mil criminales» .*

«Durante los maitines (continúa la Santa) me dijo el Señor: *Llora y suspira sin cesar, porque se derrama tan inútilmente mi Sangre sobre tantas almas que hacen gran*

abuso de mis bondades ... Desdichadas esas almas que permanecen manchadas y sedientas en medio de la fuente de aguas vivas, puesto que jamás quedarán limpias ni refrigeradas».

«Estando una vez (sigue la Santa) delante del Santísimo Sacramento, mi Dios, descubriéndose su Corazón, me dijo:

«En agradecimiento del amor que lu demostrado a los hombres no recibo, de la mayor parte más que ingratitudes en el Sacramento de mi Amor. Lo que es mucho más sensible para mí es que, los que así me tratan, son corazones que me están consagrados.»

Un día al levantarme me pareció oír una voz que me decía:

«El Señor se cansa de esperar. Quiere entrar en sus graneros para cribar el trigo y separar el buen grano del malo.» No le di importancia, ni me detuve en ello... Pero mi Divino Maestro me hizo oír de nuevo su voz de este modo:

«Mi pueblo escogido me persigue secretamente y ha irritado mi justicia. Pero yo manifestaré sus pecados secretos por castigos visibles, porque los cribaré en la criba de mi Santidad de justicia, para separarlos de mis predilectos. Después de separarlos, los rodearé de esta misma Santidad y morirán en su ceguedad.»

Y descubriéndose en seguida su Corazón amantísimo, desgarrado y traspasado de heridas, me añadió:

«Mira las llagas que recibo de mi pueblo escogido. Los otros se contentan con herir mi cuerpo; estos hieren mi corazón, que jamás cesó de amarlos. Pero mi amor cederá ante mi justa cólera para castigar a estos orgullosos apegados a la tierra, que me desprecian y no aman más que lo que me es contrario. Me dejan por las criaturas; huyen de la humildad buscando sólo la estima de sí mismos y sus corazones están faltos de caridad;

sólo les queda el nombre de...» (Nos duele citar el nombre).

«Un día, de nuevo Nuestro Señor se me presentó cubierto de llagas, teniendo todo su cuerpo ensangrentado y su Corazón despedazado de dolor... y me dijo:

«Mira a qué estado me ha reducido mi pueblo escogido, el que había destinado para aplacar mi justicia; me persigue secretamente. Si no se enmienda, le castigaré severamente. Retiraré a los justos e inmolaré a los demás a mi justa cólera, que se encenderá contra ellos».
Hasta aquí la santa.

¡Oh Señor! ¡Oh Jesús! ¡Oh Corazón santísimo, amantísimo y misericordioso sin medida!... ¡Basta!... ¡Déjanos ahora en tu presencia abismarnos en la contemplación y consideración de estas tus divinas revelaciones, tus severas amenazas y amargas quejas de tu Corazón! ¡Haz que las conozcamos y las sintamos profundamente!
... (Pausa).

IV

Tristes realidades

Cien años estuvo Noé, anunciando al pueblo las quejas y amenazas divinas.

A los cien años aquel pueblo, que se rió de las palabras y de las obras del Santo Patriarca, vio cumplirse sobre sus espaldas las amenazas de la ira de su Dios.

También a los cien años próximamente se cumplían con exactitud espantosa las revelaciones amenazadoras hechas por el Divino Corazón a Santa Margarita María.

Aquel pueblo, insensible a los divinos llamamientos, vio de la noche a la mañana desaparecer, bajo la cruel guillotina y en el destierro, a miles de sacerdotes y de

religiosos; destruidas sus iglesias, profanado el Santuario y extinguido, con la luz de la lámpara, todo el culto religioso de los templos que quedaron en pie.

¡Oh Señor! ¡Qué pesada es tu airada mano, cuando la mueve el furor de tu justicia vengadora!

¡Detente, Jesús misericordioso, detente!... ¡No avances más!

A tus sagrados pies, postrada hoy, víspera de la fiesta de tu Sacratísimo Corazón, una legión de almas pequeñas, que Tú mismo has escogido y traído a tu amor, te lo pide con vehemencia.

Reconocemos y confesamos las ingratitudes y graves ofensas que viene repitiendo, al través de otros cien años y más, este pueblo, tan escogido de tu Corazón como aquel.

A la puerta de los Santuarios profanados, abandonados o simplemente descuidados, oyen estas tus almas escogidas

los geemidos de tu Corazón despedazado, tus quejas amorosas y tus amenazas severas.

«Crié hijos y los amamanté al calor de mi divino pecho... y ellos me han despreciado»

Con amor singular los amé siempre, y la ingratitud y la deslealtad han sido en retorno su correspondencia para conmigo.

Hoy mismo, mientras el pueblo. llamado. cristiano, y hasta almas a mi amor consagradas, se derraman en una vida de agitación, de sensualidad y semi-pagana, Yo vuelvo a llamar a nuevas confidentes de mi Corazón a la soledad de Getsemaní.

Aquí desahogo mi triste Corazón, con vosotras, hoy mis hijas predilectas.

Una nueva idolatría ha abrazado mi pueblo escogido, con un culto abominable a su propia persona, de regalo, de ambición, de vanidad, de lujo y de placer; desviándose, casi por completo, de mi ley, de mi Evangelio y de las dulzuras de mi Corazón.

No son, no, los infieles los que más amargan mi Corazón; son mis hijos. Hijos que yo he regalado y nutrido en mi propia mesa, son los que me han abandonado y despreciado y perseguido.

¡Oh! ¡Y qué ciegos están ellos!

Los males que hoy sufren los atribuyen :a mis públicos y declarados enemigos...

¡Oh, no! La herida más dolorosa y profunda causada en mi Corazón es de mis hijos, con tanto amor distinguidos.

Ese padre cristiano, que descuida sus deberes de padre, que lee y que habla de todo, que huye del hogar con escándalo de sus hijos y tiene sociedad con mis enemigos.

Esa madre de piedad superficial que no vive de verdadera y sólida vida de fe, que, más que de la formación sólida espiritual, cristiana de sus hijos, se preocupa de exhibirlos a la vanidad y a las locas atracciones del mundo mi rival.

Ese joven, que me reza a solas y se avergüenza de confesarme en público y de aparecer hijo sumiso de la Iglesia, de fe lánguida, de costumbres desordenadas; que ama el bullicio, que no pone freno a su lengua, que olvida su alma, regala su carne, busca el placer.

Esa joven, que mezcla la piedad con la vanidad, que visita al Santísimo y las tertulias paganas, que comulga y trasnocha, que medita y lee novelas, que va al retiro y a espectáculos licenciosos, que hace oración y asiste a los bailes, que hace Hora Santa y pasea medio-desnuda en las playas.

Esos niños abandonados, mal educados por descuido de los padres, maestros y educadores, que pierden la inocencia antes de conocerla. Y esas almas consagradas, que yo he separado del mundo e introducido en mi Costado, que me juraron solemnemente amor fiel, casto y sacrificado, y... ¡oh dolor! se han divorciado de mí, me

niegan su amor y se han dado a las criaturas ... Y esos apóstoles, que no se unen a mi Corazón, que no oran, que se predicán a sí mismos...

¡Oh, sí! ¡ellos, ellos son los que más profunda herida han abierto en mi Divino Corazón! y por ellos y para ellos son mis amargas quejas, mis agonías de Getsemaní, y mis llamamientos a las almas generosas...
(Pausa).

V

Plegaria final

Gracias, Señor, por la gran predilección que has tenido de hacer confidentes de tus íntimos sentimientos a estas tus siervas, que te adoran aquí, y te aman y te acompañan y te consuelan en vela fervorosa.

Permítenos, dulce Corazón, que levantemos unidos todos, nuestra voz humilde y suplicante ante este tu trono de misericordia, y acepta, benigno, la oración ardiente, que por esos tus hijos te dirige hoy, víspera de la fiesta de tu Corazón misericordioso, la Alianza que Tú fundaste.

A todos, pues, a todos sin excepción:
Tráelos, Señor, a tu amante Corazón.
(Repítase esta invocación).

A esos padres, cristianos tibios, preocupados solarmente por negocios terrenos, absortos en bienes materiales, sordos a los llamamientos de su conciencia cristiana, que miran con indiferencia los intereses de la Iglesia y de sus pobres almas, alejados completamente de tu ley y de tu amor:

Tráelos, Señor, a tu amante Corazón.

A esas madres frívolas, incapaces de dar calor espiritual cristiano al hogar que formaron, donde apenas se reza, ni se estudia

el Evangelio, ni se enseña ni se inculca la verdadera piedad; donde, por su descuido y desidia solo reina la vanidad, y no reinas Tú, ni tu ley, ni tu amor...

Tráelas, Señor, a tu amante Corazón.

A esos jóvenes de buen corazón, desviados casi desde la cuna, que no bebieron la piedad en su fuente, que no han sido formados en la escuela de tus altísimos ideales; arrastrados hacia el abismo por el huracán de todas las pasiones y el empuje de las modernas seducciones, sin criterio cristiano, mareados por doctrinas erróneas, materialistas y ateas, y tal vez, corrompidos en el cenagal de las más abyectas concupiscencias:

Tráelos, Señor, a tu amante Corazón.

A esas jóvenes, cuya piedad no pasa de sus labios, de corazón vado, inquieto y sin rumbo, hambrientas del bien que desconocen, que mendigan en las criaturas un amor sincero y fiel, que sólo puede brotar

de tu divino pecho, y se lanzan, ciegas, al reclamo de goces sensuales, vírgenes fatuas, lámparas sin luz ni aceite, víctimas de la moda, de la exhibición y del espectáculo: *Tráelas, Señor, a tu amante Corazón.*

A esos niños raquíticos en la fe, nacidos tal vez en hogares fríos e indiferentes, que ignoran los misterios de tu amor, sin formación cristiana, ni catecismo, ni oración, cuyos ojos no contemplan la imagen redentora de tu Santa Cruz, cuyas inteligencias son desviadas por educadores impíos y cuyos corazones son ¡oh dolor! capullos de rosa, que quedan marchitos antes de abrirse a las caricias de tu amor:

Tráelos, Señor, a tu amante Corazón.

A todas esas almas consagradas a tu amor con solemnes juramentos o simples promesas, que apenas se recogen entre los pliegues de su hábito y nunca en los repliegues de su corazón; almas derramadas, distraídas, engolfadas, tal vez más de lo

debido, en terrenas preocupaciones, contagiadas por el ambiente moderno, confuso y agitador, aficionadas más a vanas tertulias y a inútiles visitas que a la dulce soledad de la celda, a la alta contemplación de tus misterios y a la obra de reparación en la real presencia del Sacramento de tu Amor: *Tráelos, Señor, a tu amante Corazón.*

Y por fin a esos infelices perseguidores de tu divina persona, de tu nombre y de tu Evangelio, de tu sacerdocio y de tu religión, que, en el paroxismo de su terrible ceguedad, creen hacer un bien a la sociedad desterrándote de sus leyes y de su moral, a Ti, Señor, única fuente de la justicia, de la paz, del bien y de la felicidad: *Tráelos, Señor, a tu amante Corazón.*

¡Oh, sí! ¡Tráelos, a tu amante Corazón! ¡Escucha benigno la súplica vehemente de una legión de almas, que, en recogida y solemne Hora Santa, se dirigen a Ti, hoy, víspera de la fiesta de tu amor!

Abre, Señor, y deja abierto tu Corazón, abrasado y misericordioso; deja que entren todos, todos ¡Jesús Redentor! En ese horno purificador; para que amanezca pronto la pacífica, dulce y alegre mañana en que este tu pueblo escogido forme un solo rebaño, y sea su único Pastor tu amante Corazón. Así sea.

